

En la Casa de Cuba

Por ROBERTO GINEBRA

De antemano abro el juego: van a ser las palabras de un ateo con fe... Sin verdades absolutas, pero definitivamente “a la izquierda del corazón”.¹ Desde esta óptica personalísima no creo que haya aún, a escala macrosocial, una visión clara del futuro cubano, y peor, del presente cubano. Tenemos un proyecto sociopolítico entre ensoñaciones y delirios, que, si bien aún es válido, debe desmarcarse del modelo estatista-burocrático que provocó el colapso de un socialismo deformado. La primera idea para rebasar este período sería colocar en la piedra cimienta de una Cuba incluyente, **la defensa de la identidad nacional, de la patria en una dimensión ética, más que ideológica.** El aliento estalinista-brezhnevchiano que aún respiran muchas instituciones cubanas debe expirar, y recordarse acaso como un gas de efecto invernadero. Así debemos comenzar.

Revisitando las palabras de monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal sobre la Casa Cuba encontré una interpretación explicativa del vice editor de la revista *Espacio Laical*, Lenier González Mederos, donde expone lo siguiente: “Cuba comporta una pasión y un delirio... Esta necesidad de recomponer lo que está roto o desgarrado, nace de una antropología convencida de que el ser humano constituye el centro mismo del Cosmos: **el hombre es un tabernáculo sagrado dotado del don preciado de la libertad.** En este nacionalismo de entraña católica, se equipara el cosmos nacional con una CASA, porque su cimienta nace de la fraternidad entre sus miembros. En el plano intrahistórico esa visión poética –la CASA CUBA– asume el rescate de un sentido comunitario para la nación, a la vez que se yergue como un umbral político equilibrado y racional por el que vale la pena sacrificarse. (...) Implica el destierro de todo ejercicio de exclusión.”² Más adelante retomaremos otros conceptos sobre la Casa Cuba, donde el joven intelectual citado nos ayuda a desentrañar la madeja de las indefiniciones.

Al despojar estas ideas de la distracción de la retórica, hay que coincidir en esencia con sus postulados, sobre la base de que cualquier restauración ideológica que se implemente en Cuba debe partir de un carácter antropológico. De una ética común y vinculante, que concentre en sus valores la transformación de las estructuras económicas de la sociedad y la evolución moral de los individuos, no vistas cada una de ellas como interdependientes, sino autónomas e interrelacionadas entre sí, y por ende, destinatarias de acciones diferenciadas. Dicho con más claridad: la superación educativo-cultural del individuo, por sí sola, no garantiza su superación ética. La transformación económica de la sociedad, por sí sola, no garantiza una transformación de la conciencia colectiva. Cada uno de estos objetivos individuales y sociales contiene sus elementos propios, sin que uno trascienda al otro y sin que puedan excluirse uno al otro. Es más complejo aún, la superación educativo-cultural del individuo no garantiza la transformación económica de la

sociedad. Pero la superación ética de las personas **sí conlleva** la transformación de la conciencia colectiva, y funciona además como un mecanismo de retroalimentación social.

Dialogando en clave filosófica: es necesario asumir conjuntamente con el Socialismo Científico³, los análisis del Personalismo de Emmanuel Mounier, pues, desde mi criterio muy personal, parten, ambos, con toda certeza, del **materalismo dialéctico** y por ello tienen en su condición más semejanzas que diferencias. Para probarlo sólo recordemos a Engels cuando dijo: “el espíritu mismo no es más que el **producto supremo** de la materia.”⁴ ¡El producto supremo! O sea, la espiritualidad llega a ser superior al propio ser, aunque no precedente ni independiente. Es posible materia sin espíritu (conozco gente así), pero no espíritu sin materia. Por lo tanto el personalismo y el “socialismo científico” no presentan en esencia un verdadero antagonismo, sino que parten de sujetos diferentes para arribar a un objeto similar. Si bien para Marx los intereses individuales se subordinan, en los momentos de tránsito de una formación económico-social a otra, a los intereses sociales (no se subrogan ni se diluyen ni se funden, esa simetría totalitaria que predicaron tanto Stalin como Hitler), y para Mounier la idea es inversa, al considerar que la persona, no el individuo, debe trabajar para el beneficio propio y desde allí contribuir al beneficio colectivo; ambos reafirman con solidez irrefutable que el objeto final de todo esfuerzo humano se congrega en el desarrollo social. Esa es la dirección que no debemos perder.

Fidel Castro, desde la experiencia que le han dado tantos años de bregar por ideas que siguen pareciendo quimeras, re-creó en el año 2008 la célebre frase que, en 1961, fuera una de las tesis defendidas por la dirección revolucionaria en las definitivas “palabras a los intelectuales”, como se suele llamar a aquel discurso. Como ha sucedido en muchas ocasiones, el reduccionismo, el dogmatismo y la intolerancia fueron el lastre mayor de lo que pudo ser, y aún puede ser, uno de los postulados más valientes de la Revolución en el terreno cultural. Fidel nos amplió aquella idea iniciática, y la sostiene cuando salvaguarda “todo lo que fortalezca éticamente a la revolución”⁵. La interpretación visible de esas conclusivas y nuevas “palabras a los intelectuales” es: **la ética ante todo.** Revolución sin ética, no es Revolución; arte sin ética, no es arte. **Con la ética en función de la Revolución, todo.** Desde una posición adversa al proceso cubano es válida una mirada ética y respetuosa; desde una posición solidaria al proceso revolucionario es intolerable una solución antitética de los valores humanos promovidos por el socialismo. **La ética no puede sacrificarse jamás**, porque en ese sacrificio estarían incluidos todos los sueños de la redención humana. Es una lección para los revolucionarios que tremolen la bandera hacia el futuro; pero es una lección, sobretudo, para los adversarios que pretendan hacerla caer. Sin ética, será todo imposible.

La emigración cubana en el espíritu del mundo es, desde mucho antes a 1959, la continuidad y pluralidad de la Isla. Nos llega con ella, desde el legado profundo de Heredia, Varela, Martí, Maceo, Mella o la Generación del Centenario, por mencionar sólo algunos nombres ilustres, ese todo que representa la cubanidad en su más abarcador sentido. La inclusión de sus valores éticos, que no son más que la extensión de los nuestros, ha dejado de ser una necesidad para convertirse en la garantía del futuro de la Revolución, por absurda y disparatada que pueda sonarles la idea a los umapistas educados en el oscurantismo estalinista, que son, todavía hoy, los defensores a ultranza de la parametración, el “pavonato” y otras actitudes de verdadera escisión.

Entonces, si estamos abarcando de forma tan general **la defensa de la identidad nacional, de la patria en una dimensión ética, más que ideológica**, como se dijo en el primer párrafo de estas valoraciones, ¿podiera decirse que todo funciona como aquella sentencia del famoso escultor griego, convertida hoy en proverbio popular: “Zapatero, a tus zapatos”, para así deslindar lo individual de lo colectivo y reanudarlos diferenciadamente, con un crecimiento semejante en cada caso, de manera que al final ambos se fundan sin que prime uno sobre otro? No creo que sea tan simplista el concepto de la Casa Cuba.

En un emblemático discurso de hace muchos años, ese católico y revolucionario ejemplar que es Eusebio Leal decía, y acudo a mi memoria para revalorarlo, que desde el momento primigenio de la formación de la nación cubana, las tesis intelectuales más recurridas fueron, prácticamente sin matices: el anexionismo, el reformismo (dentro del cual se encontraba la autonomía) y el independentismo. Que a lo largo y ancho y alto de la historia patria se repiten estos puntos de vista en un continuo y caótico desencuentro. Lenier González olvida, margina o acaso redefine esta idea del Historiador de la Ciudad de La Habana, al plantear, de una manera más imprecisa: “Sobre la necesidad de realizar cambios existe un consenso generalizado en la nación. Estos cambios son codificados de forma directa por los diferentes actores sociales, de un lado a otro del espectro político nacional. La reinvencción del socialismo, la transición a la democracia y la construcción de la Casa Cuba, son los modos en que marxistas, liberales y católicos explicitan, en la hora actual, sus agendas particulares sobre el contenido de esos cambios.”⁶

¿Por qué hablo de imprecisiones? Pues porque, vista de esa manera, la CASA CUBA se nos presenta todavía más utópica que el proyecto social socialista y con mucha menos coherencia práctica. Su aspiración de inclusión es casi arbitraria, aun cuando “la concreción política de este anhelo poético lleva implícita una metodología del encuentro y de la aceptación del otro, que se yergue sobre el reconocimiento de la dignidad plena del ser humano.”⁷ He pensado que es muy difícil convivir en mi casa con quien no limpia alguno de los pequeños espacios o deja el baño peor que una letrina, quien no hace aportes materiales o de conocimiento concreto y se limita a lo contemplativo, o lo espinoso desde la raíz que nos duele como resultado de convivir con alcohólicos o con drogadictos que han llegado a ese estado por voluntad propia primero y por falta de voluntad después. Lo cierto es que haciendo un esfuerzo humanitario y de conciencia, que

va más allá de la propia consanguinidad, se puede aprender a lidiar con esos y otros problemas. Se puede ser piadoso, a la mejor usanza cristiana. Es imposible, sin embargo, incluir en mi Casa a quien quiere destruir mi familia, o apropiarse del inmueble para construir un edificio, un parque de diversiones o un burdel. Nunca he sido partidario de poner la otra mejilla. El respeto a la diferencia es siempre loable; el sometimiento y la conformidad con la agresión, no puede serlo. Mahatma Gandhi desarrolló y aplicó en su momento la doctrina de la resistencia pacífica. Siempre fue con la paz. Siempre fue con la entereza.

La Casa Cuba en la cual quisiera incluirme, deberá habitarse con independentistas y reformistas, nunca con anexionistas, porque entonces no podría llamarse Casa Cuba. Sea cubana primero, incluyendo en ella a todo el que piense como cubano y quiera ser cubano, más allá de posiciones ideológicas. Después, bueno, habría que pensar cómo reconciliarnos todos y crear una humilde Babel que no pretenda llegar al cielo ni provoque, por otras razones, la ira divina.

Yo defiendo también una posición ideológica y trataré de sostenerla a lo largo de estas líneas, respetuosamente y sin privilegio filosófico; pero no es la primera dirección a la que debemos ir, sino a los valores, principalmente **aquellos que sí existen** en las nuevas generaciones. No son pocos los que presentan, por ejemplo, a Yoani Sánchez, o a los excelentes grupos musicales *Buena Fe* y *Los Aldeanos*, como el rostro juvenil y monolítico de la oposición a las restricciones del sistema. Es una visión válida pero también absolutista. Confieso que el caso concreto de una Yoani Sánchez incluyente todavía me parece una farsa. Pero supongamos, con la mayor dosis de ingenuidad y confianza, que en realidad sí. Que la mediática bloguera es todo lo que dice ser. Que no hay doble rasero ni prefabricación ni artificio hipócrita. Votemos a favor de ella y de quienes ponen en entredicho la futuridad de la Revolución cubana, fundamentando su tesis en una juventud crítica y cansada de un discurso único.

La ceguera, al mejor estilo del libro de Saramago, no los deja ver que el discurso único impuesto a escala global es precisamente el capitalismo; discurso contra el cual la resistencia de la Revolución representa, al menos, la alternativa de un punto de partida para derribar una filosofía insostenible. ¿Cuál es el problema entonces? Que las respuestas eficientes al capitalismo mundial siguen sin concretarse, por múltiples razones, entre ellas:

- la razón histórica, o sea, la torcida dirección que se le dio al mal llamado “socialismo real” posterior a la muerte de Vladimir I. Lenin;
- la razón económica, que se hizo evidente con el deslinde de la República Popular China de la antigua URSS al comprobar el agotamiento y la debilidad de origen de la economía socialista frente al gran capital... y que fue, a la postre, la causante principal del desplome del campo socialista del Este y de su madre patria soviética;
- la razón dialéctica, a la cual se condiciona la incapacidad para evolucionar como sistema político-humanista, desde donde se mantienen fuentes estáticas e inalterables, malinterpretadas, reducidas a dogmas, que no han permitido recrear y sumar al espíritu socialista a las actuales generaciones.

El “socialismo real” terminó llegando al callejón sin salida que vaticinara Che Guevara, y se convirtió en un experimento fracasado. Volver sobre sus pasos es llover sobre lo mojado. Sin embargo, reinventar el socialismo, partiendo de su origen económico y filosófico, es un camino posible. No el único.

La reestructuración socialista no es una propuesta antidualista. Podríamos decir, por ejemplo, que se puede hacer igual revisión histórica con formaciones económico-sociales anteriores al capitalismo: reinventar el esclavismo, o el feudalismo. Incluso volver la mirada sobre experimentos de formaciones económico-sociales posteriores al capitalismo o el socialismo, como el fascismo (híbrido deforme de fundamentos tanto capitalistas como socialistas). ¿Dónde está el sentido antihistórico de estas revisiones? En primer lugar, que el esclavismo y el feudalismo fueron superados, de manera continua y rotunda, por el capitalismo. Implicaron todos estos sistemas, en orden temporal y a **escala global**, un desarrollo progresivo en lo político-filosófico, en lo económico-social y en lo ético-cultural. El fascismo, por otra parte, aun cuando siguiera el orden histórico correspondiente, fue una desviación fallida del pensamiento, o mejor, como el Neardenthal en la evolución del hombre (del cual, curiosamente, se suponía que descendiera la “raza aria”), no evolucionó como sistema, pues, por razones conocidas y obvias, no tuvo eco a escala global, y por supuesto, no fue proveedor de una concepción superior del mundo. El socialismo, por su parte, **sí marca** esa continuidad sistémica de perfeccionamiento humano, con elementos factibles de enumerar, y su fracaso no vino derivado de sus fundamentos generales, sino de la mala interpretación de sus particularidades.

El traído y llevado socialismo del Siglo XXI no representa en lo conceptual una alternativa al capitalismo. Al menos, no aún. Su valor se reduce a desentrañar los errores de origen y los fallos estratégicos del viejo socialismo del siglo XX. Entre esos errores se reconoce el manejo manipulador al que conllevó la yuxtaposición entre Estado y sociedad, que fuera convertida en sinonimia. Ahora, bien conocido el significado de la propiedad estatal, hay que redefinir el significado de la propiedad social. También se hace imprescindible una interpretación extensiva de la propiedad personal. Además de, sin temor a fantasmas, recuperar la mal conocida como pequeña propiedad, que sin dejar de ser privada en su significado, no llega a alcanzar, a escala social, beneficios privativos de empoderamiento o de exclusión al prójimo.

En lo personal, no formo parte de una “legión de viejos con orquitis”, como despectivamente intentaba ensombrecer a la vieja guardia de la Revolución, el también rancio Armando Valladares, al abordar la democión de Carlos Lage y Felipe Pérez Roque. Soy también un joven, como Yoani Sánchez; sin ningún cargo oficial, como ella; desvinculado de los círculos de poder internos y externos, ¿también como ella? Un rostro más dentro de la heterogénea, realista, profunda y diversa juventud cubana. Mi posición ideológica es algo que pueden suscribir o no otros jóvenes de extracciones diferentes. Mis diferencias radicales con la bloguera comienzan al yo reconocermé comunista militante desde 1994. El año, por sí mismo, ya dice suficiente. Roberto Robaina había

tomado el mando de la organización juvenil en los primeros 90, y la conducía con un estilo de dirección aparentemente novedoso. A la luz de hoy, aquellos métodos desenfadados y fosforescentes, pueden valorarse con toda certidumbre como superficiales, pero en su momento fueron populares. Parte de la responsabilidad en el declive posterior de la que fuera organización política juvenil más importante de Cuba se debe, entre otras fuentes, al manierismo y la banalidad con que fueron asumidas sus funciones en ese período determinante de la Revolución. La diferencia entre “política” y “politiquería”, que había sido zanjada en 1959, volvió a ser ambigua, y sus vasos comunicantes se reabrieron silenciosamente. Los posteriores Secretarios Nacionales, Juan Contino y Victoria “Vicky” Velázquez, formados bajo el mando de Robaina, si bien quisieron sustraer un poco el oropel a las tareas juveniles, mantuvieron, tal vez sin desearlo, el trasfondo artificioso que acompañó a la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) en esa etapa.

La UJC dio un giro radical bajo la orientación de Otto Rivero. Una juventud “alegre, pero profunda” fue su consigna, desde los postulados fidelistas. Lo favoreció, en primer lugar, un enfoque revisionista y algo más crítico, aunque todavía muy encasillado. En segundo lugar, logró un protagonismo decisivo en la coyuntura política que provocó la movilización pública por la devolución del niño Elián González Brotons desde los Estados Unidos, el nacimiento de la Batalla de Ideas y la primera fase del reclamo por la liberación de los Cinco Héroe Cubanos, presos en cárceles norteamericanas por infiltrarse en la Florida en grupos de extrema derecha que atentan contra Cuba desde ese territorio. Los principales programas surgidos al calor de esa “guerra de pensamiento”, al decir martiano, fueron asumidos casi en su totalidad por la UJC y el Consejo de Estado, con el apoyo de los organismos de la administración central del Estado. Algunos que ya existían, como los Joven Club de Computación e Informática, fueron ampliados, renovados y reajustados al tiempo presente. Hubo iniciativas más felices que otras, pero todas, sin excepción, dieron resultados inmediatos y loables. Algunos dirigentes que se forjaron entonces, como Julio Martínez o Randy Alonso Falcón, fueron coherentes con aquella dinámica de compromiso social. Otros, desgraciadamente, han sucumbido a los cantos de sirena. El Che Guevara, en una lectura personal de Trotsky y de Brecht, decía que un revolucionario tiene todo el derecho de cansarse un día, pero entonces no puede seguir a la vanguardia.

¿Por qué hago este análisis, desde adentro, de la organización política juvenil cubana que representa, al menos oficialmente, el recambio de los cuadros dirigentes y el sostenimiento ideológico de la Revolución de 1959 en el futuro inmediato? Es elemental: hoy se impone, como en otras etapas de la más reciente historia, un nuevo rumbo y una nueva perspectiva para la juventud cubana toda. La dirección del país ha cambiado, y también sus prioridades de trabajo. Tras la asunción de la presidencia del Estado y el Gobierno por Raúl Castro, sus continuos y necesarios llamados a la crítica revolucionaria y responsable, al esfuerzo sostenido y a la recuperación económica tras el paso de los huracanes más devastadores de las últimas décadas, que tiene como complemento externo la crisis económica mundial que aún no se ha manifestado en toda su dimensión y la estrategia ideológica

de una nueva administración norteamericana, mucho más inteligente que la anterior, resulta una perogrullada admitir que la juventud no ha dado aún orgánicamente (salvo aisladas excepciones) una respuesta nacional al nuevo escenario que se presenta, con la contundencia que se requiere aquí y ahora. Insisto en que no hablo de los jóvenes individualmente, sino de las organizaciones oficiales. No se trata de culpar a nadie por la falta de protagonismo, sino de crearlo a fuerza de razón y de virtud. Dejar en el sillón de la casa o en el banco del parque la actitud acomodaticia e indolente. Poner en una balsa la frustración y el desencanto. Porque en la Cuba de hoy los jóvenes trabajan, pero no lideran. Nadie está pidiendo pregones ni consignas, esos han sido demasiados. Liderazgo y ética, son las palabras claves. La empatía de la integridad. No de un hombre o un nombre, de una vanguardia ejemplar, como lo fue aquella Generación del Centenario, que cuando la dejaron sin voz se abrió paso a puro coraje. Es lo que veo y lo que creo. Podría estar equivocado.

Sin embargo, hay otra razón en cuestionar si el legado ético-ideológico de aquellos barbudos rebeldes será asumido por la nueva guardia. Después del llamado “período especial” la sociedad cubana nunca más volverá a ser la misma. El cúmulo de insatisfacciones materiales amontonadas; la desvalorización social que ha vivido el planeta en los últimos 30 años, que ha afectado a Cuba en un grado menor, pero no desdeñable y siempre doloroso bajo la nube de la utopía perseguida; el protagonismo limitado y no siempre representativo de los dirigentes juveniles (no de los jóvenes); la necesidad objetiva de soluciones, cambios, renovaciones y esperanzas; la todavía insuficiente respuesta y calado a esta problemática, son síntomas visibles de un país herido en su sueño, amparado en sus aspiraciones, sostenido por su resistencia. El amurallamiento, que fue una estrategia eficiente contra un cerco que no cesa, debe conducir, con la forja de nuevas alianzas nacionales e internacionales, a la ofensiva en todos los frentes para terminar, al menos de facto, con el asedio extranjero. Uno de esos frentes en la ofensiva, tal vez el fundamental, debe ser el de las nuevas fuerzas de la NeoRevolución.

Para unir y restablecer descalabros, la Casa Cuba necesariamente sería el destino de todos, el sitio donde tan bien se está, parafraseando al gran poeta católico Eliseo Diego.

A los jóvenes (vuelvo a la carga), por naturaleza más radicales, les corresponde preservar o no la independencia existente; profundizarla, reasumirla. Ya le había dicho Pancho Gómez Toro a su padre hace más de un siglo: “el mérito no puede heredarse, hay que ganárselo”. Pero la certeza de la frase del hijo del Generalísimo también me compromete, de manera coherente, con otras verdades enunciadas en una canción de Carlos Varela de finales de los 80, muy difundida en los 90 y desgraciadamente nunca puesta en práctica, cuyas estrofas contenían esta metáfora: “Guillermo Tell, tu hijo creció, quiere tirar la flecha: le toca a él probar su valor usando tu ballesta.”

La ballesta reclamada, que es el objeto que propicia la hazaña del conocido personaje, es la misma del padre, no una diferente. Tal podría decirse a los jóvenes todos, la causa objetiva a defender, que es ya en sí misma una hazaña, es la misma también. Si se tiene confianza en el legado de valores

que nos han instruido, va siendo hora propicia de que nos dejen **probar nuestro valor en la defensa de la identidad nacional, de la patria en una dimensión ética, más que ideológica**, para continuar repitiendo la hazaña que inició un puñado de héroes en los años 50 del pasado siglo. Tenemos que hacernos escuchar, pero en todas las instancias tienen la obligación de considerar **siempre** nuestros criterios, aún si son erróneos. Sin sermones, sin paternalismo, y también sin tacha.

No pretendo ser el portavoz de una generación, ni hacer un manual de conducta de acuerdo con la línea de la vieja escuela soviética. No tengo la Verdad, tengo razones y criterios propios. Tal como Fidel Castro: **prefiero los inconvenientes de las equivocaciones, a los inconvenientes del silencio**. Lástima que en Cuba sólo la generación histórica, aquella del Centenario, haya sido la única con la capacidad de rectificar y el poder de equivocarse. A nosotros casi no nos queda ni la urgencia.

Notas:

1. Roque Dalton. Poeta y revolucionario salvadoreño. La frase completa, según recuerdo, dice así: “Los elegidos de los dioses siguen estando a la izquierda del corazón. Debidamente condenados como herejes.” La escuché una vez, pero no tengo referencia concreta de su existencia.
2. González Mederos, Lenier. “Dossier: Jóvenes opinan sobre los retos de la nación”. En *Espacio Laical*. Año 6. No 1. La Habana, 2010, p.16.
3. Me gusta hablar de “socialismo científico” y no de marxismo. Acorde al concepto de dialéctica que retomara Karl Marx de su maestro Friedrich Hegel, (puliéndolo y dotándolo del sentido correcto) las ideas del socialismo científico serían perfeccionadas y reasumidas en otros momentos históricos concretos del futuro. Así lo han entendido otras figuras continuadoras de las enseñanzas de Marx, sea desde la teoría o desde la práctica transformadora, como el mismo Friedrich Engels; o los rusos Vladimir I. Lenin y Liev Trotsky, el italiano Antonio Gramsci, los chinos Mao Zedong y Deng Xiaoping, o los latinoamericanos Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui y Ernesto Guevara, en el pasado siglo XX.
4. Engels, Friedrich. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En *Obras escogidas*. Editorial Progreso, Moscú
5. Castro Ruz, Fidel. Carta a los participantes en el VII Congreso de la UNEAC, Palacio de las Convenciones, *Granma*, 1° de abril del 2008..
6. González Mederos, Lenier. “Dossier: Jóvenes opinan sobre los retos de la nación”. Ob. Cit. p. 24
7. González Mederos, Lenier. “Dossier: Jóvenes opinan sobre los retos de la nación”. Ídem